¿Lo literario como determinación de lo político? Una lectura de *Los Planetas*, de Sergio Chejfec

Camila Lopes Godinho
Universidad Nacional de Brasilia

En una entrevista concedida a Mariano Siskind, cuando se le preguntó a Sergio Chejfec acerca de cómo fue su relación con la militancia política antes y durante la dictadura, contestó que:

> (…) lo concreto es que provengo de una generación de politizados precozmente, quizá fue la última generación de argentinos (entendido en términos de mentalidades colectivas o de clima de ideas) para quienes la formación intelectual estuvo asociada a la formación política, al discernimiento y al compromiso, digamos, con lo social[49].

Tanto para Chejfec como para otros escritores que vivieron de alguna forma los años de represión, el escribir sobre los episodios y experiencias de esa época se dio de distintas formas desde los años 70 hasta la actualidad. A partir de 1983, con la reinstauración de la democracia, la crítica literaria y cultural empezó a cuestionar la vinculación entre literatura argentina y experiencia histórica en conformidad con las discusiones acerca de las formas de narrar el terror y la barbarie de la historia reciente.

Las convenciones estéticas y los contenidos tradicionales del arte se ven forzados a dar cuenta de un conjunto de experiencias sociales que remiten al horror, a la perplejidad y a un torbellino de sentimientos que no pueden ser expresados en un nivel superficial, en formas narrativas de una «novela discursiva», como señala Beatriz Sarlo en su artículo intitulado *Literatura y Política*. Según el propio Chejfec, «para la literatura el sentido no puede sino estar en la profundidad, en una zona atravesada por la lengua, la historia, los valores y la misma literatura» (2005: 102). Uno de los grandes problemas de la posmodernidad referente a la significación de la literatura es justamente el apelo a la rapidez y acceso a las informaciones y, por ende, la emergencia del sentido. Es decir, los significados y la práctica literaria se volvieron en cierta medida superficiales para atender a una demanda del mercado literario y editorial que conceden privilegio a concepciones de la literatura designadas a un público masivo que exige, en su mayoría, una síntesis del lenguaje, comprensión y representaciones literales del mundo y que también estén en conformidad con lo establecido. Pese a que esta discusión sobre lo que llamo *mercantilización* de la literatura es pertinente, este tema es asunto para otro artículo, incluso por su extensión y polémica.

[49] Para más detalles, véase Mariano Siskind (2005: 35-46).

En busca de formas narrativas que permitieran la reflexión y aprehensión de estos años de violencia, hubo desde los años sesenta un proceso de politización del campo cultural en Argentina como forma de contestación a la represión política, física y cultural del Estado. Sin embargo, los escritores no buscaban hablar de la historia, restablecer lo que fue perdido, rescatar las certidumbres de un tiempo lejano o cerrar explicaciones sobre lo que ha pasado, sino que intentaron, cada uno a su modo, comprender y exteriorizar el procesamiento social de la experiencia.

Entonces empieza un trabajo de construcción del sentido en el cual se puede verificar la preponderancia de formas de representación fragmentarias y oblicuas, maniobras de reescritura como la parodia y el montaje, las huellas de la historia trabajadas por medio del silencio, del vacío e incluso la incompleción del sentido. Como ha señalado Miguel Dalmaroni en su artículo *La moral de la historia: novelas argentinas sobre la dictadura (1995-2002),* «(...) la narrativa argentina de la dictadura refuncionalizaba así, en un contexto marcado por la censura y por la represión física y cultural, las poéticas experimentalistas o antirrealistas emergentes entre los 60 y los 70» (2003: 31).

De ahí que la obra *Los Planetas*[50] se haya vuelto una de las obras más interesantes sobre ese periodo. Sergio Chejfec logró construir una novela basada, entre otras cosas, en la incertidumbre y en la grieta abierta del pasado, transformando lo que sería uno de los tantos relatos de desaparecidos de la dictadura en una historia de escritura y evocación. Recordar al amigo desaparecido y escribir sobre él es dar la palabra a quien ya no tiene voz. Es como si S (el narrador) buscara en cierta medida la trascendencia a través de la escritura de la historia de M. La relación de amistad entre ambos siempre estuvo más allá de lo concreto, rayando lo instintivo y la metafísica, como se puede verificar en este fragmento, cuando decidieron hacer una broma con sus padres en la niñez, cambiando sus nombres:

> El equívoco, creado por ellos mismos, había abierto las puertas a una naturaleza oscura, con su propio rigor y condiciones. […] Uno era el origen del otro, la fuente de su identidad y la prueba del desvío. […] La identidad, según sabían, una de las cosas más difíciles de descubrir, obedecer, preservar y comprender, latía dentro de cada uno de manera errática, iba de un cuerpo a otro, confundida entre nombres, recuerdos y creencias, combinación que la misma amistad no había hecho más que estimular. Eran equivalentes. (Chejfec, 2010: 58-59).

Estos rasgos estilísticos que caracterizan la escritura de Chejfec reiteran la no finalización de la novela. La fragmentación de los discursos de los personajes y la coexistencia de diferentes espacios-tiempos aluden a un presente continuo y a la vez nos remiten tanto al pasado como al futuro, conformando, por lo tanto, los distintos planetas que se cruzan en la obra. El pasado termina por repetirse en el proceso de rememoración, evidenciando la temporalidad familiar y cercana que la memoria evoca, incluso por las experiencias en común que comparten los

[50] Utilizo la primera edición de la novela de Sergio Chejfec (2010) para las citas textuales.

personajes. Sin embargo, es necesario, para ello, otras formas de expresión que no sean la pura y simple mimesis de los hechos, como está evidenciado en este pasaje de la novela:

> En la última época volví a caminar, como poco después del secuestro, por la avenida Dorrego. A veces lo hacía desde Corrientes y otras desde Warnes, también tomaba Martínez Rozas. Incluso ahora frecuenté su cuadra donde, como había dicho Sito, el tiempo no ha pasado. Y en todas las oportunidades verifiqué una nostalgia cada vez más diluida, el eco de una presencia paulatinamente más delgada. Las paredes, como sucede en esa calle, pueden mantenerse igual, pero el calor o el frío que recostados sobre ellas hemos percibido, el juego oblicuo de los ojos con que nos acostumbramos a mirarlas, el modo como recibieron por años el sudor de nuestros cuerpos, el espesor de nuestras voces y las intenciones de nuestras miradas, todo eso se ha borrado, solo existe bajo la forma de rastros cada vez más débiles. Y si este es el futuro para todas las cosas, si este es el futuro del pasado, ir mezclándose con las formas del olvido, distorsionando cada vez más la evocación hasta borrar las mismas huellas que dejamos y nos dejan, que son las que en definitiva nos mantienen en pie, me pregunto entonces por el verdadero papel nuestro. No me quejo de la remisión ni de la disgregación de los cuerpos y la memoria, de nosotros mismos y de lo que existe nuestro en los otros, operaciones a las que todos estamos condenados y no tiene sentido enfrentarse; sino más bien pienso que si esto pertenece, como parece, al orden natural de las cosas se necesitaría objetarlo con un nuevo argumento, con otras pruebas y con diferente tipo de acción. (Ibídem, p. 272-273).

También es posible percibir en el pasaje anterior que el espacio urbano actúa como un personaje imprescindible en la obra. En la ciudad de Buenos Aires están infiltradas las huellas de un pasado incierto y oscuro, está llena de vacíos, silencios y recuerdos que retienen, por presencia o ausencia, una memoria colectiva, es decir, la ciudad también expone una historia de identidad y asienta la estrecha relación entre el olvido y la memoria histórica. Según Edgardo H. Berg, «Los fragmentos narrativos, las microhistorias y las fábulas, levemente kafkianas, narran también, a su modo, cómo una ciudad familiar puede convertirse, bajo la mirada del que recuerda o trata de recordar, en un espacio extrañado y desconocido» (Berg, 2005: 120).

Uno podría preguntarse: ¿pero dónde se halla la crítica a lo social y al canon en la obra? El gran mérito de Sergio Chejfec está justamente en haber construido un relato que no es obvio, que no está preocupado en tratar directamente el universo social, sino que más bien le interesa su significado, expresado por medio de una conciencia individual, cargada de impresiones y subjetividad. Y tampoco la política pretende ser el referente central de la experiencia. El imaginario político construido en la obra refleja la resignación y apatía de la sociedad argentina frente a un Estado opresor y violento, lo que apunta a una pérdida de profundidad ideológica con el transcurso del tiempo. Actualmente, la política ha dejado de presentar ideologías de carácter más amplio y se ha vuelto hacia las necesidades de grupos específicos. En este sentido, la estética literaria tuvo que reinventarse, ya

que no encontraba en el canon ni en los símbolos ideológicos la materia sustancial que necesitaba. De ahí surgió también la búsqueda de otros códigos (muchos de ellos no literarios) que posibilitaran la expresión de esa experiencia en toda su plenitud. Por lo tanto, se puede decir que lo literario define a lo político en la medida en que, a través de discursos heterogéneos, busca integrar la historia y la política, posibilitando así la reconstrucción de la memoria histórica y la transformación estética del pasado.

BIBLIOGRAFÍA

Berg, E. H. (2005). «Memoria y experiencia urbana en *Los Planetas,* de Sergio Chejfec», en *Hispamérica: Revista de literatura*, n.º 102, pp. 115-121.

Berg, E. H. y N. P. Fernández. (1999). «Fuera de lugar» (entrevista a Sergio Chejfec 15/09/1998), en *Celehis — Revista del Centro de Letras Hispanoamericanas,* Mar del Plata, año 8, n.º 10: pp. 319-333.

Chejfec, S. (2010). *Los Planetas*. Buenos Aires: Alfaguara.

— (2005). *El punto vacilante: literatura, ideas y mundo privado*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.

Dalmaroni, M. (2003). «La moral de la historia: novelas argentinas sobre la dictadura (1995-2002)», en *Hispamérica: Revista de literatura*, n.º 96, pp. 29-48.

Sarlo, B. (1983). «Literatura y política», Revista Punto de Vista, Buenos Aires, año VI, n.º 19, pp. 8-11.

Siskind, M. (2005). «Sergio Chejfec» (entrevista), en *Hispamérica: Revista de literatura*, n.º 100, pp. 35-46.

Yúdice, G. (2001). «La reconfiguración de políticas culturales y mercados culturales en los noventa y siglo XXI en América Latina», en *Revista Iberoamericana*, n.º 197, pp. 639-659.